**Primer Control de Lectura: Seminario de la Escuela de Frankfurt**

**Sebastián Andrés Rivera Flores**

**Pregunta Obligatoria:**(8 puntos)

**1.- ¿Qué influencias tienen teoría social de Hegel y la tradición dialéctica de Marx en la filosofía de la Teoría Crítica? ¿A quién dirige su crítica? y ¿Qué resultados sociales son posibles gracias a su propuesta?**

Empecemos por el final. La Escuela de Frankfurt tenía como objetivo la transformación social a través del trabajo intelectual, todo intento de transformación social debe tener una base teórica desde la que dirigirse. En otras palabras, tenían como principio la unión entre teoría y praxis. Dicha base teórica fue llamada Teoría Crítica y sus desarrollos estaban dirigidos al análisis y la crítica de la lógica subyacente a las sociedades industriales, concretamente a la base desde donde opera su legitimación: la razón instrumental. Como la noción de razón instrumental es desarrollada con más detalle en la pregunta tres, aquí solo diremos que es un tipo de razón reducida (y reduccionista) al cálculo de medios a fines, que se autolegitima al rechazar una racionalidad más amplia (lo que la hace dogmática). Este tipo de racionalidad es socialmente nociva, pues torna todo elemento que es objeto de su cálculo en medio para la autoconservación del sistema social al que pertenece. Oblitera la complejidad de lo real en favor de lo cuantificable y lo predecible, de modo que empobrece el conocimiento y empobrece el mundo.

La influencia de Marx se deja ver fácilmente: la preocupación por los modos de explotación y enajenación de las personas, bajo la premisa de que las condiciones materiales determinan el desarrollo humano físico y mental, de manera que cambiar el mundo (y no solamente contemplarlo) requiere necesariamente un cambio en el medio material. Marx aporta el principio de la teoría-praxis.

Hegel, por su parte, aporta una teoría social y un método de análisis. Aporta a la metodología, porque, de acuerdo a su dialéctica, todo guarda dentro de sí su propia contradicción. Esta idea es especialmente importante en el contexto teórico, pues permite atacar las pretensiones de verdad definitiva (al descubrirlas como parciales, condicionadas históricamente) y a un estado de cosas como dados de una vez y para siempre (mala facticidad). El carácter abierto de la dialéctica hegeliana permite una crítica y una búsqueda por el conocimiento como empresa inscrita en la historia y siempre inacabada. Pero la dialéctica aportó a los frankfurtianos también una teoría social: las reflexiones en la Autoconciencia de su Fenomenología del Espíritu abundan en la dependencia intersubjetiva en la que cada uno nos encontramos. Dependencia no solo material, sino “espiritual” al comprender que el Yo es en función del Otro y viceversa, y al reconocerse ambos en esa interdependencia.

**Preguntas Electivas:**(6+6 puntos)

**2.- ¿Cómo influye Freud en la propuesta filosófica de Marcuse en “Eros y civilización?**

La influencia de Freud en “Eros y civilización” es fundamental. En general, sus ideas junto con las de Marx sirven a Marcuse como marco conceptual desde el que aborda el examen de la subjetividad en las sociedades industriales avanzadas, sean democracias liberales como la de los EE.UU. (en la que parece poner énfasis) o regímenes autoritarios como la de la U.R.S.S. Empleando las ideas vertidas en “El malestar de la cultura”, Marcuse ve en la racionalidad y el modo de vida de la civilización actual dinámicas que socaban sus propias bases. Con el fin de explicar correctamente la influencia existente revisaremos algunas ideas freudianas importantes que recoge el autor alemán.

Según el esquema de la segunda tópica, el aparato mental humano consiste en una estructura tripartita: el Ello o *Id*, el Yo o *Ego* y el Super-yo o *Super-ego*. El Ello constituye nuestro mundo instintivo, atemporal, es la herencia filogenética de nuestra especie, llamado también “principio del placer”. El Super-yo corresponde al ámbito de internalización de las normas sociales y del sentimiento de culpa; sus elementos se transmiten por medio del aprendizaje y la socialización, y cambia con el tiempo según lo que el entorno histórico-social considere lo bueno o lo debido. El Yo, por último, es una instancia mediadora en el tiempo entre las demandas del Ello, que pugna por la satisfacción inmediata del placer como fin último (lo que acarrea la liberación de una concentración de energía o libido, y esto, a su vez, se traduce en una disminución del padecimiento psíquico) y de las fuerzas represoras del Super-yo.

Es en el ámbito del Ello que se encuentran inscritas las pulsiones de Eros y Tánatos. Eros es la pulsión que abarca los instintos sexuales y las fuerzas creativas (una vez que se lo ha sublimado, o sea, desviado de sus fines en beneficio de la civilización). Tánatos, por su parte, abarca los instintos de destrucción, ya para el propio sujeto ya para otros. Ambas pulsiones estarían en eterna disputa, equilibrándose mutuamente en el inconsciente del ser humano. Aquí es donde entra en juego el principio de realidad; ya que sería imposible la vida en sociedad si únicamente actuáramos mediante el principio del placer, el entorno social obliga al sujeto a reprimir la búsqueda del placer inmediato y a intercambiarla por una satisfacción postergada. El principio de realidad se manifiesta, pues, por acción del Yo que subyuga y reencausa la energía instintiva del Ello en función de la normatividad internalizada del Super-yo:

Bajo el principio de la realidad, el ser humano desarrolla la función de la razón: aprende a «probar» la realidad, a distinguir entre lo bueno y lo malo, verdadero y falso, útil y nocivo. Llega a ser un *sujeto* consciente, pensante, engranado en una racionalidad que le es impuesta desde afuera. (Marcuse, 1983, p.29).

El principio de la realidad se materializa en un sistema de instituciones, en las cuales el sujeto crece y aprende los requerimientos del principio de la realidad y los vuelve a transmitir a las generaciones posteriores.

Según Freud, la misma dinámica se ha venido repitiendo desde tiempos primigenios: la horda originaria asesinó al padre originario, pues este impedía satisfacer los deseos que Eros reclamaba, despertando el Tánatos. El asesinato logró descargar la tensión inconsciente, pero la culpa pronto invadió a la horda y crearon normas e instituciones que reemplazaron la autoridad del padre, a la vez que se les signó con el arquetipo de este último. Desde entonces, se repite en la historia un proceso cíclico de esclavitud-rebelión-dominación, donde cada nueva etapa de dominación el Super-yo vigente se vuelve cada vez más represivo con el Ello y la pulsión erótica, fortaleciendo la pulsión tanática.

La cultura exige continua sublimación; por tanto, debilita a Eros, el constructor de la cultura. La desexualización al debilitar Eros, desata los impulsos destructivos. Así la civilización está amenazada por una separación instintiva en la que el instinto de la muerte lucha por ganar ascendencia sobre los instintos de la vida. (*ibíd.*, p. 87)

Esto tiene como consecuencia una paulatina inclinación hacia la agresión y la autodestrucción de la civilización.

Hasta aquí Marcuse sigue a Freud, por supuesto, no sin algunas discrepancias. Sus críticas son dos: primero, “no todo el trabajo envuelve desexualización y no todo trabajo es desagradable, es renunciación” (el autor pone de ejemplo la producción de arte[[1]](#footnote-1), pero nosotros podíamos mencionar otros como la filosofía o incluso actividades no intelectuales como los deportes). Segundo, “las inhibiciones fortalecidas por la cultura afectan –y quizás afectan capitalmente a los derivados del instinto de muerte (…). A este respecto, al menos, la inhibición cultural contribuiría al fortalecimiento del Eros” (*ibíd.*, p. 88). Sobre estas críticas construirá su propuesta de una civilización no represiva, idea que Freud consideraba utópica. En este sentido, Marcuse se rompe del fatalismo del psiquiatra vienés y adopta una posición más optimista.

**3.- ¿De qué modo la sociedad industrializada supone una des-humanización progresiva? En ese sentido, ¿cómo encaja la propuesta de Marcuse con la teoría crítica que propone Horkheimer?**

Habíamos señalado más arriba que el principio de realidad se manifiesta por acción del Yo que subyuga y reencausa la energía instintiva del Ello en función de los dictámenes del Super-yo. Tal principio se materializa en un sistema de instituciones y normas que son aprendidas y transmitidas a las generaciones posteriores. También se dijo que el mismo era un proceso con mucha historia, y cada vez que el principio de realidad reemplazaba al de placer, la fuerza represiva que el Yo ejercía sobre el Eros aumentaba por el sentimiento de culpa que inconscientemente los individuos experimentaban al rebelarse contra la encarnación del arquetipo del padre original: las instituciones dominantes, lo mismo que traía consigo cada vez una mayor sublimación y la paulatina desexualización de la civilización, con ello una preeminencia del instinto de destrucción.

Es necesario repasar lo dicho porque el aporte de Marcuse es el análisis de las sociedades industriales avanzadas combinando las ideas de Freud y de Marx. Como hemos visto, la influencia de Freud es profunda, pero las correcciones que señalábamos al final dan pie a su combinación con nociones marxistas.

Dos son las modificaciones que introduce al análisis inicial: el primero, es el concepto de “represión excedente”, referido a “las restricciones provocadas por la dominación social. Esta se diferencia de la represión (básica): las modificaciones de los instintos necesarias para la perpetuación de la raza humana en la civilización” (Marcuse, 1983, p. 48). Esta represión excedente, es un principio que se refiere a la cantidad de libido o energía erótica que es desviada de sus fines, más allá de la represión estrictamente necesaria para que exista la civilización. Ese excedente se refiere al sobrecosto que la humanidad paga por tener a la sociedad estructurada entorno a la dominación.

“El trabajo que creó y aumentó la base material de la civilización fue principalmente trabajo con esfuerzo, enajenado, doloroso y miserable – y todavía lo es-. La realización de tal trabajo difícilmente gratifica las necesidades e inclinaciones individuales. Fue impuesto sobre el hombre por la necesidad brutal y la fuerza bruta; si el trabajo enajenado tiene algo que ver con Eros debe ser muy indirectamente, y con un Eros sublimado y debilitado” (*ibíd.*, p. 89)

Este principio de “represión excedente” por la cual la sociedad restringe los instintos tiene un fundamento “económico”, sustentado en el principio de la escasez (escasez no dada como un *factum* –como suele indicar Freud—, sino organizada por la civilización), ya que ésta no cuenta con los medios suficientes como para sostener la vida de los miembros que la compongan, sin que éstos trabajen por su cuenta. Por eso la sociedad se ocupa de vigilar el número de miembros y además hacer que las energías de los sujetos estén lejos de las actividades sexuales y se centren en su trabajo.

La segunda modificación introducida se realiza sobre el principio de realidad, rebautizado por el autor como “principio de actuación”, y descrito como “la forma histórica prevaleciente del principio de la realidad” (*ibíd.*, p. 48). Éste rige el funcionamiento mental del individuo. Por ejemplo, en el capitalismo, las personas han debido reducir su sexualidad a lo meramente genital, es decir, la libido se restringe y concentra con el fin de potenciar el resto del cuerpo como un instrumento de trabajo[[2]](#footnote-2).

Gracias a estos dos nuevos conceptos es posible concatenar las ideas de Marcuse con las de Horkheimer, específicamente a la de racionalidad instrumental. De acuerdo con Horkheimer, hay dos significados básicos de la palabra “razón”: la razón objetiva y la razón subjetiva. La razón objetiva se refiere a aquella que aparece en los sistemas filosóficos antiguos, una razón propia del mundo, una razón existente *por sí* y *en sí*, es decir, cuya existencia es independiente de otras realidades y cognoscible en su naturaleza intrínseca. Todo existente (individuo y sociedad incluidos) y toda idea se ordenaba según esta razón y las deliberaciones prácticas eran realizadas tomándola como referencia, pues determinaba si una acción era racional o no, esto es, podía determinar los fines. Por otro lado, está la razón subjetiva, propia de cada individuo. Se trata de la capacidad de calcular probabilidades, realizar deducciones, categorizar y adecuar medios a fines. Un rasgo importante de esta racionalidad es su vacuidad de contenido, o sea, su formalismo; este rasgo hace que sólo sea capaz de determinar la racionalidad de una idea o acción en relación con otra, de modo que mediante ella es imposible decidir si algo es racional por sí mismo o en sí mismo. El formalismo de la razón subjetiva la hace susceptible de ser empleada para cualquier fin, por eso se la considera una razón estratégica, porque sin importar los fines puede ser empleada como instrumento que determine la adecuación y conveniencia de ciertos medios para la consecución de una meta.

En su “Crítica de la razón instrumental”, Max Horkheimer realiza un análisis detallado de la manera en que la inicial razón objetiva ha sido gradualmente vaciada de contenido, formalizada con el avance de la Modernidad, reducida a instrumento de medida y cálculo. Con el tiempo, sería legitimada por intereses subjetivos ligados al poder político y económico. Reducida la razón a esa función particular y legitimada por las estructuras de poder, se erigiría como la única forma de racionalidad existente y, por ello, la única autorizada para separar lo racional de lo irracional: la razón instrumental se habría autolegitimado así.

Es tal tipo de racionalidad la que pertenece a las sociedades industrializadas (liberales o estatistas, democráticas o autoritarias). En ellas todo es pensado como un medio, todo es pesado como instrumento con el fin del mantenimiento del sistema. Las mismas personas, al insertarse en el sistema de división del trabajo o, más aún, desde la infancia y la vida familiar son acoplados al gran aparato de reproducción y manutención del sistema dominante. Todos los aspectos de la vida privada y pública son invadidos por la cuantificación y el afán de eficiencia, donde toda acción debe generar un beneficio palpable de algún tipo.

Este es el panorama en que Marcuse plateaba sus nociones de represión excedente y principio de actuación. Una sociedad que ha alcanzado tal grado de tecnificación, que el goce pulsional del Eros es cada vez más sublimado, y por lo mismo postergado en favor de la realización de trabajos enajenantes e insatisfactorios. Incluso aquellas actividades destinadas al descaso y a la realización personal (con la industria cultural de masas o la mercantilización del arte, por ejemplo) han sido absorbidas por la lógica de la cuantificación, la eficiencia y la homogenización. Todo lo dicho haría muy difícil una satisfacción erótica auténtica, tornando la energía instintiva en pulsión tanática con la consecuencia del aumento progresivo de la violencia y la agresividad. Ese es el porqué, finalmente, de la paradójica correlación que establece que a más racionalidad [instrumental], mayor irracionalidad (barbarie).

1. Marcuse era un estudioso de las letras alemanas. Probablemente por eso apunta únicamente como ejemplo al arte. [↑](#footnote-ref-1)
2. Al igual que en el caso de la represión excedente, el principio de actuación también es efecto de cierta manera de organizar la sociedad. [↑](#footnote-ref-2)